

LAS MURMURACIONES DE LOS PROTESTANTES A CAUSA DE LA CONSTRUCCION DE UN TEMPLO CATOLICO.

La «Antorcha Evangélica,» periódico protestante, publicó un artículo intitulado: «Farsas católicas en San Miguel del Mesquital.» Se ocupa de él un *remitido* publicado en el «Católico» de Zacatecas, del cual copiamos lo siguiente:

«Señor creyente del Evangelio. Extraños como somos á toda disputa, no podemos serlo á las que atacan el sentimiento religioso. Nos abstendríamos de ocuparnos del artículo de U. si solo se tratara en él de nuestras personas aunque nos hiriera el amor propio el calificativo de farsantes con que, con su *evangélica* caridad, se sirven injuriarnos; pero como quiera que con el pretexto de censurar la obra á que nos dedicamos, insulta U. groseramente á todo un pueblo, á distinguidas y honradísimas familias, y á nuestros dignos sacerdotes, esperamos no lleve á mal le digamos unas cuantas palabras sobre el asunto.

Aunque los señores sacerdotes de este lugar han *dispuesto* el acopio de material para la reedificacion de nuestra Iglesia, esto no ha pasado de ser una invitacion, y aunque no fuera solamente invitacion, sino *disposicion*, están en su derecho para hacerla, y U. no tiene que mezclarse en ello.

Nos han invitado, sí, y nosotros los católicos tenemos gusto en hacer estas obras, sin tener la desvergüenza de pedir al gobierno que nos dé las que á otros han costado dinero y trabajo, porque tal conducta no se puede conciliar con el sétimo mandamiento. Tenemos gusto en realizar y poner por obra el dicho de «contribuir con nuestro grano de arena» para esta clase de obras, y á la vez que lo hacemos, cargando en nuestros propios hombros *el grano de arena*, lo sacamos tambien de nuestro bolsillo, aurífero y argentino; y juzgamos que como U. señor *creyente*, nada pone de su bolsillo, no debería echarse á costas cuidados ajenos.

Tambien es cierto que las mas respetables señoras, y las señoritas mas modestas no se desdeñan de entregarse á esta grata tarea. Sobre este punto asienta vd., con cierta gracia, é inimitable soltura, que creemos abrirnos camino para el cielo y que nuestros pecados se perdonen por acarrear arena y demas materiales para el templo. Considerado el caso, así material y groseramente, como vd. lo considera, no es exacto, es decir, no creemos que el acto de acarrear arena etc. nos traiga la absolucion sin mas ni mas: lo que creemos es que trabajar en la construccion de un templo verdaderamente cristiano, es una obra muy agradable á Dios: creemos que Dios premia las buenas obras, y que en atencion á ellas se conduce de quien las practica, dispone el corazon para otras nuevas, para reparar las faltas, y para recibir los sacramentos en los cuales se contienen los méritos inagotables de Nuestro Señor Jesucristo; se aplican esos méritos; se perdonan los pecados y el alma se pone en camino para el cielo. Tales son nuestras creencias: si no están al gusto del *creyente*, le rogamos que nos deje morir en nuestra ceguera. Sí, creemos hacer un tierno y piadoso obsequio á nuestro Dios y Señor construyendo por nosotros mismos materialmente el Templo en que ha de habitar real y verdaderamente y á donde iremos á tributarle nuestro culto y á implorar su divina gracia.» (*Voz del 27 del pasado.*)

¿QUE SERIA LA TOLERANCIA PRACTICADA LOGICAMENTE?

Nos ofrece la ocasion para hacer sobre esto algunas consideraciones un artículo de «El Titiritero,» intitulado la «Semana Santa.» Empieza este artículo con una conversacion de dos libres pensadores que supone que se dirigen á la catedral cuando iban á celebrarse los divinos oficios el dia en que nos recuerda la Iglesia la muerte del Redentor. Para esos libres pensadores nada habia tan pesado y molesto como el religioso silencio de los dias santos. Uno de ellos sin embargo hace la reflexion de que «es una necesidad indispensable que el juéves y el viérnes de la semana mayor sean fiestas civiles, porque tal es la costumbre de todos los paises civilizados, como los Estados-Unidos, la Inglaterra, la Francia, etc.; y porque todas las sectas cristianas han considerado como santos estos dias.» Mas replica el otro: «¿Y la tolerancia, y la libertad de cultos? ¿O cree vd. que los mahometanos, los judíos y los sectarios del Brahmanismo, el Budismo, etc., no tienen derecho á ser tolerados entre nosotros?» Ni vale la objecion de que los judíos, mahometanos, etc. *no hacen bulto*, pues el que aboga por ellos opone luego que debieran hacerlo por ser su número muy considerable y por lo mismo debia haberse tenido cuenta de ellos al establecer la tolerancia mexicana.

¿Luego aun la amplisima tolerancia de México y los Estados-Unidos todavia es inconsecuente, todavia se resiente de parcialidad por determinadas creencias religiosas como son las de los católicos y protestantes que admiten la divinidad de Jesucristo? ¿Aun estos dos paises tan tolerantes todavia distan mucho de la verdadera igualdad religiosa? Ya hemos visto que acaba de hacerse notar por la prensa una inconsecuencia y una desigualdad que complaciendo á los católicos y protestantes, lastimará á todos los sectarios del mahometismo, del judaismo, del brahmanismo, del budismo, etc. á quienes lo mismo que á cualesquiera otros se ha brindado con los favores de la tolerancia, y que segun su gusto pueden venir á México así como á los Estados-Unidos. En la tolerancia de los Estados-Unidos, no solo notaremos esta inconsecuencia, sino tambien otra acompañada de *tiranía*, la de la persecucion de que han sido *víctima* (1) los mormones cuyas creencias deben ser allí tan respetadas como las de cualesquiera otros conforme al artículo 1.º de las Adiciones á la Constitucion. Respecto de México, nos encontramos con que ni aun el haber encerrado todo nuestro culto dentro de los templos para que no cause incomodidad á los protestantes, no á los que ya abundan entre nosotros, sino á los que se espera que han venir; ni el haber demolido en la República un número considerable de templos católicos, acaso para que su *multitud* no ejerza preponderancia sobre los que han de tener los sectarios; ni el haber obsequiado á los mismos protestantes con los templos católicos que hasta hoy ha sido posible entregarles, para que cuanto antes puedan establecer sus falsos cultos sin el gravámen y la demora consiguientes á la construccion de templos que levantarán

(1) Este nombre deben darles los partidarios de la tolerancia.

por sus propias expensas; ni otras muchas medidas con que se ha tratado de deprimir á la Religión católica para que baje hasta el nivel en que se espera que habrán de quedar las sectas, nada de esto ha sido bastante para escusar á los legisladores mexicanos de la nota de intolerancia; pues aun cuando se realizara la deseada igualdad entre la verdadera Religión y las sectas heréticas del protestantismo, todavía aparecería la desigualdad entre los que rechazan absolutamente el Cristianismo y los que son (como los católicos) ó pretenden (como los protestantes) ser discípulos de Jesucristo; siempre se notaría que algunas prácticas del gobierno daban á estos (es decir, á los que son ó se llaman cristianos) la preferencia sobre aquellos.

Segun esto, para que haya lógica é igualdad en la tolerancia mexicana, debe desecharse toda muestra de estimación, de respeto y de gratitud hacia Jesucristo, para que nada pueda aquí ofender ni la delicadeza de los judíos que lo miran como un impostor, ni la susceptibilidad de los mismos paganos que lo tienen como el trastornador del orden religioso y social. Han desaparecido casi del todo las demostraciones con que por parte de la autoridad eran honrados en otro tiempo los grandes dias en que se recuerdan los misterios sublimes de la reparación humana: lo único que resta es que en algunos de esos dias se deja ver sobre los edificios públicos el pabellon nacional como en las fiestas civiles. Pero será necesario que aun esto se omita para que México pueda llegar al apogeo de la tolerancia; será preciso que nada pueda aquí desagradar á ningun advenedizo aun cuando sea secuaz del judaismo, del mahometismo, del budismo ó de cualquiera otra secta por ridícula que sea. Nuestra patria honrando á Jesucristo se honra á sí misma; se mostraba justa, reconocida é ilustrada, pues rendía sus homenajes á Aquel á quien mayores beneficios debe la causa de la humanidad y de la civilización; pero ahora para que se eleve á lo último del progreso, deberá ver con la misma indiferencia la enseñanza del Redentor llena de sabiduría y santidad y aun el infame y vergonzoso culto de la idolatría; habrá de bajar hasta acomodarse al gusto de los hombres mas ignorantes, mas corrompidos y brutales que hay en el mundo; y deberá hacer esto precisamente para adelantar en el camino del progreso, para llegar hasta la cumbre de la civilización. ¿Qué despropósito!

¿Y se ha meditado en lo que importa el destierro absoluto de la idea cristiana de todo lo que lleva el sello de la autoridad pública? Esto no sería otra cosa sino pretender oscurecer las glorias mas puras de la historia de cerca de diez y nueve siglos; sería proscribir la civilización á título de progreso; sería retroceder diez y nueve siglos para ilustrarnos en el siglo XIX. Sin Jesucristo, sin la Religión que él enseñó ¿qué quedaría en el mundo? Desaparecería el gran principio de la beneficencia pública y privada, porque Jesucristo fué quien enseñó la virtud divina de la caridad y la Religión que él fundó es la que ha sostenido su práctica; volverían las antiguas degradantes ideas que se tenían acerca del hombre, porque Jesucristo fué quien dió á conocer la dignidad humana. ¿Y qué sería del respeto á los derechos del hombre sin la doctrina del Salvador que nos enseñó á mirar aun en los últimos de los hombres á nuestros verdaderos hermanos? ¿En qué pararian el matrimonio, y el amparo y protección al sexo débil, y la educación de los hijos; qué suerte correría la familia toda sin las máxi-

mas cristianas que pueden dar la ley al ser fuerte y mostrar sus deberes á los que componen la sociedad doméstica? ¿Y sin el Cristianismo quién podría refrenar al despotismo, y exigir á los pueblos el debido respeto á la autoridad, y rectificar y conservar en su pureza las ideas morales, y sostener el dominio de la conciencia sobre las pasiones? El Evangelio todo no es otra cosa sino la enseñanza de Jesucristo: deberá, pues, desestimarse ese código divino que ha enseñado al mundo las ideas mas elevadas acerca de Dios y del hombre juntamente con la moral mas santa, que ha suavizado las costumbres y abolido tantas prácticas tiránicas con que el hombre oprimia á su semejante desgraciado, que ha aproximado al rico y al pobre, al poderoso y al débil, al personaje afortunado y lleno de gloria y al que yace en la oscuridad y gime en la miseria: el Evangelio que ha esclarecido al mundo con luz divina, que ha mostrado los caminos de la verdad y de la virtud, que ha enjugado tantas lágrimas, que ha hecho derramarse tantos tesoros de beneficios de los indigentes, que ha inspirado á tantos la resolución de ir á buscar en sus desiertos á los salvajes, de internarse en los pueblos que yacen en la idolatría para mostrarles el camino de su felicidad; el Evangelio que pudo formar tantos héroes que sacrificaron su vida en las aras del amor mas ardiente por sus hermanos; el Evangelio á quien debió su salvación la antigua población americana que sin sus divinas leyes, sin el infatigable celo con que la enseñaron y defendieron sus ministros, habria sido totalmente exterminada por las conquistas y las invasiones de los europeos; ese libro sagrado y su Divino Autor á quien la América y el mundo deben beneficios sin número deberán ser en México el objeto de la mas estúpida y criminal indiferencia, porque debe llevarse la tolerancia mexicana hasta contemporizar en todo y por todo aun con la estupidez de los paganos y con la malicia sin nombre de los judíos.

Hé aquí lo que significa la lógica que exige en la tolerancia el libre pensador de la conversacion de «El Titiritero» México deberá descender hasta la imbecilidad en el orden de la inteligencia, hasta la estupidez en el orden de los sentimientos y hasta la criminalidad mas monstruosa en el orden de la moral, porque ha de ser complaciente aun con toda ignorancia y aun con toda maldad; porque es preciso que cuando vengan á la patria los seres abyectos que viven en las tinieblas despues de diez y nueve siglos de luz, no aparezca por ninguna parte ni el mas pequeño destello luminoso que ofenda á los que solo están acostumbrados á ver las sombras; es preciso que hasta los individuos del pueblo deicida, cuya ceguera y dureza inconcebibles no pueden curarse ni presenciando el mas puntual cumplimiento de las antiguas profecías, del pueblo necio y feroz que hizo espirar en un patíbulo al Mesias prometido que *pasó haciendo el bien* y á quien lo debe todo la civilización actual de las sociedades; es necesario que aun los individuos de ese pueblo cuando vengan á México, nada encuentren de carácter nacional que les pueda indicar que es digno de honra y gratitud aquel Jesus á quien sus padres tan furiosamente persiguieron, no solo sin que les hubiera sido posible rebajar su grandeza, sino cooperando ellos mismos á sus glorias aunque muy á su pesar.

Nosotros, pues, rechazamos con toda la energía de que somos capaces ese baldon que se propone para la patria. Ya que por desgracia las

ideas irreligiosas han hecho caer sobre la legislación mexicana la mancha de haber igualado la verdad con los errores, pero con los que conservan al menos el nombre de Cristianismo, no se quiera añadir otra mancha todavía mucho más asquerosa á la que ha venido ya á empañar el lustre de las glorias mexicanas: que los que extravían á México se detengan siquiera en el punto á que han llegado en el camino del mal; que los contenga al menos el ejemplo de esos otros pueblos extraviados que tanto respetan y se proponen como modelo de civilización y cultura, la Francia, la Inglaterra, los Estados-Unidos; esos pueblos, aunque tolerantes, dan más ó menos muestras de honrar á Jesucristo. ¿Por qué? Porque en la época actual nadie puede desconocer ni la altísima sabiduría del Maestro Divino, ni su amor al linaje humano, ni los beneficios inmensos que ha derramado sobre el mundo, ni la altura á que ha hecho subir á la humana sociedad. Porque en la época actual sería más que salvaje quien no rindiera homenaje al Autor de la civilización del mundo, al Consolador de todos los desgraciados, al que ha hecho al hombre conocer su dignidad. Que México también honre al que ha sido para los hombres el origen de todo engrandecimiento; que no quiera civilizarse descendiendo hasta la esfera de los seres más degradados que deshonoran á la especie humana. Los pueblos civilizados deben presentar las muestras de cultura á los ojos de los hombres inciviles; pero sería lo más absurdo creer que progresaría un pueblo complaciendo y acomodándose á las ideas de la barbarie. En fin, si se pretende que por parte del gobierno jamás se dé muestra alguna de reconocimiento de la grandeza y beneficios del Redentor, la severidad inflexible de la lógica exigirá que jamás vuelva á hablarse de los héroes de la patria, ni de los más insignes bienhechores de nuestro pueblo, pues nada son todos ellos comparados con el gran personaje á quien los mismos incrédulos se ven obligados á reconocer como el primero de los sabios, el más grande de los héroes y el más esclarecido de los bienhechores, y á quien todos los que con razón ó sin ella se apropian el nombre de cristianos, se honran con adorarlo como HIJO DE DIOS.

Pero se dirá que no puede ser consecuente la ley de tolerancia mientras no lleve consigo la más completa indiferencia respecto de todas las creencias, mientras no iguale del todo no solo á los católicos con los protestantes, sino también á los católicos y protestantes con los judíos, con los sectarios de Mahoma para quienes es santa la poligamia y hasta con los que quisieran adorar otra vez á Venus y á Baco. Sea así: no lo disputamos; no nos proponemos defender el principio de la tolerancia. Lo que podemos decir es que hay en el mundo inconsecuencias felices, que es una fortuna para la sociedad el que los mismos que adoptan un mal principio se vean por último precisados á detenerse ante sus funestas consecuencias; y añadimos que si lo que exige el libre pensador de la conversacion de «El Titiritero», es un resultado lógico del principio de la tolerancia, esto no manifiesta otra cosa sino lo absurdo y ruinoso del mismo principio. En efecto, una vez salvada la barrera del respeto que se debe á la verdad, una vez sentado el despropósito de que los errores son respetables y que el hombre tiene un derecho natural para extraviarse á su placer, no se alcanza en donde puedan contenerse lógicamente las perniciosísimas aplicacio-

nes que se pueden hacer de tal principio. Sentada la tolerancia, pueden combatirse todas y cada una de las verdades del Cristianismo; puede disputársele y aun negársele la divinidad á Jesucristo, en cuyo caso desaparecerá ya de las sectas aun la sombra del Cristianismo; pueden trastornarse las ideas sobre los atributos divinos y ponerse en cuestion ó negarse aun la unidad de Dios, en cuyo caso nos encontraríamos ya con el politeísmo. Así es que la tolerancia puede abrigar no solo á las sectas protestantes que se llaman cristianas, sino hasta los errores más torpes del gentilismo. Y avanza todavía mucho más allá la tolerancia. Una vez sancionada, puede decirse con los panteístas que Dios es la universalidad de los seres; puede negarse absolutamente su existencia con los ateos; puede sentarse con los maniqueos que hay un dios principio de los bienes y otro dios principio de los males; puede irse aun mucho más lejos y decirse con Calvino que el único Dios que se debe reconocer él mismo es el autor del pecado: todas estas horribles blasfemias son creencias respetables establecida la tolerancia; conforme á ella se tiene un derecho natural para profesarlas y propagarlas. ¿Cuáles serían los frutos que recogiera la sociedad de esas creencias que sentada la tolerancia deben llamarse inocentes! Y sancionada la tolerancia, puede negarse la Providencia y la existencia de la vida futura y acabar de esta manera con el único estímulo que puede tener la virtud y con el único temor que puede reprimir á los malvados; puede decirse que el hombre es pura materia organizada, para que desapareciendo para él toda perspectiva de porvenir más allá del sepulcro, mire como una necedad el pensar en virtudes que no se premian sobre la tierra y abstenerse de delitos que le proporcionarían utilidades temporales, únicas que le será dado disfrutar; puede negarse la libertad humana y autorizar de esta manera á todos los criminales, persuadiéndolos que ninguna autoridad podrá castigarlos sino tiránicamente, porque no siendo señores de sus acciones, jamás serán acreedores á un castigo propiamente dicho; puede decirse que lo bueno es lo útil, que la virtud es el placer, que los nombres de virtud y de vicio son invenciones de los hombres; puede asegurarse con los primeros protestantes que la libertad evangélica exime al cristiano de toda ley humana, que llega á tanto esta libertad que quien disfruta de ella no está obligado ni aun á la observancia de los Mandamientos de la Ley de Dios, que para el cristiano no hay más pecado que negar la fe y que todos los otros crímenes por graves y abominables que sean, no lo privan de la gracia divina; puede decirse con los protestantes que han venido á México que las obras buenas son inútiles para nuestra eterna felicidad, que seremos perdonados de nuestros crímenes con solo creer que Dios nos perdona y que nos salvaremos con solo creer que Dios nos salva. En fin, no hay error, por monstruoso, por ridículo, por antisocial é inmoral que sea que no quede justificado con la tolerancia con tal que aquel error se llame *creencia religiosa*, y aun cuando no tome este nombre, como de hecho no pueden dársele los errores de la impiedad y del ateísmo. Mas si las reglas morales no son otra cosa sino la aplicación de las creencias á la dirección de las costumbres y si el hombre obra siempre según piensa, ¿quién podrá concebir la inmoralidad profunda y los gravísimos males que de por sí traerá á la sociedad el ruino-

noso principio de la tolerancia, que no es otra cosa sino la licencia mas ilimitada de extraviarse? Si la tolerancia no ha producido todos sus funestos resultados, es porque le pone óbice el buen sentido de los pueblos, porque los mismos que la sancionan se ven precisados á limitarla aunque sea incurriendo en inconsecuencias, y sobre todo, porque Dios con especial providencia conserva en el mundo la verdadera religion que da el norte á las inteligencias é inspira en los corazones el amor al bien, porque por su bondad hace que esta religion progrese en los pueblos tolerantes en que como en los Estados-Unidos pocos no la conocian, y la hace superior á todos los esfuerzos de sus enemigos donde como en México, tanto se ha trabajado en contra de ella y se ha decretado la tolerancia para ver si es posible que quede confundida entre una infinidad de sectas que la combatan. Pero es preciso confesar que nada puede haber mas ruinoso para una sociedad que el decretar que son legítimos y respetables todos los extravíos de la inteligencia.

Lo que dió ocasion á lo que hemos dicho hasta aquí, fué solo la conversacion de los libres pensadores que se tiene al principio del artículo del «Titiritero» intitulado «La Semana Santa.» En el resto del artículo supone el «Titiritero» á un niño sobremanera perturbado porque creó que en el Viernes Santo muere la divinidad misma y que por esto nos quedamos sin Dios. Nada tan comun entre los cristianos como el conocimiento de que Jesucristo murió en cuanto hombre y no en cuanto Dios, y que en el Viernes Santo solo se recuerda su muerte; así es que la suposicion del «Titiritero» carece de verosimilitud.

Introduce despues otra conversacion sobre la lectura del Evangelio en el templo en lengua latina, desaprobando esta práctica católica. Respecto de esta materia se ha discutido ya hasta el fastidio. La facilidad con que se vician las traducciones, sea por ignorancia ó por malicia, y la absoluta necesidad de conservar una version de los Libros Santos que dé garantías de autenticidad, y de que se aleje todo error al servirse de las Sagradas Letras en el culto divino, bastan para justificar el uso constante de la Vulgata latina en los templos católicos, sin que por esto falte al pueblo la instruccion religiosa por medio de la frecuentísima predicacion en que se le explica la doctrina del Cristianismo y se le explanan los lugares de la Escritura, que vierte el orador en lengua vulgar.

Se ocupa en fin el artículo del «Titiritero» de la narracion de conversaciones inmorales é irreligiosas que supone habidas en el templo. Tenemos el sentimiento de confesar que hay católicos sobremanera irreverentes que profanan los templos aun en los dias mas santos y cuando se celebran los misterios mas augustos de la Religion. Si alguno ó algunos en la última semana santa hayan llegado al exceso que se ve en las conversaciones que supone el «Titiritero», no lo sabemos: pero sea de esto lo que fuere, lamentamos los ultrajes del lugar santo, y creemos que los escritores tienen derecho para reprobarlos, pero usando de un lenguaje enérgico y al mismo tiempo mesurado y cuidando mucho de evitar todo lo que pueda ofender el decoro público.

PRESB. AGUSTIN DE LA ROSA.

EL SEMINARIO DE CHIAPA.

Hemos visto el último informe dado por el Rector del Seminario de Chiapa sobre el estado en que se hallaba el mismo establecimiento al fin del año escolar de 1873. Sus alumnos eran ciento doce, sus profesores, nueve sin contar entre ellos al Rector, y en cuanto á los ramos de enseñanza establecidos ya y que se proyectaba establecer para el presente año de 1874 nos parece conveniente copiar las mismas palabras del citado informe: dice así: «Han continuado en este Seminario los ramos de enseñanza de que hablé el año anterior, y son: la gramática castellana, la latina dividida en dos cátedras; la filosofía compuesta de Lógica y Metafísica, con la Psicología, Ideología &c.; las Matemáticas con aplicacion á la Mecánica y á la Astronomía; la Física, la Historia Eclesiástica; la Teología dogmática, la Moral y la Exposicion de la Sagrada Escritura. La cátedra de Moral y Religion que por falta de cursantes estuvo suspensa en el presente año, en el entrante estará abierta con el número de doce alumnos. Tambien se abrirá una cátedra de suma importancia, que no se ha conocido en otros tiempos, y es la de lengua indigena, reducida á reglas gramaticales que está trabajando y explicará el Sr. Cura Br. D. José María Sanchez, que es uno de los mas versados en la materia. La cátedra de canto y música ha continuado con buen éxito. A la escuela de primeras letras, que ha hecho notables adelantos, y que ha estado dividida en dos secciones, por haberse aumentado considerablemente el número de alumnos, en el año siguiente se añadirá una tercera seccion, y las tres serán dirigidas por otros tantos preceptores.»

Es digno de todo elogio el empeño del Illmo. Sr. Villavazo por la ilustracion y felicidad de su diócesis: pero si merecen recomendacion los esfuerzos que en todo sentido se hagan por la cultura de nuestro pais, mucho mas laudable es la solicitud del respetable Prelado de Chiapa por la mejora de la condicion de los indios y por promover los estudios de las lenguas americanas tan estimables por su filosofía, por su grande interes históricos literario, científico y religioso y que por desgracia son vistas por mucho, en la época actual con el más injusto menosprecio. Sobre estos puntos nos parece oportuno dar publicidad á lo que dice el mismo Illmo. Sr. Villavazo en una carta dirigida al que suscribe este artículo y que el mismo conserva en su poder:

«La poblacion de este Obispado es de doscientas mil almas y de este número apenas treinta mil habrá de los que se llaman ladinos ó latinos y todo el resto es de indigenas: esto es, mas de las cinco sextas partes. Aunque ya en algunas partes donde por las circunstancias se encuentran mezcladas ambas razas, hay muchos indios que hablan el español, la mayor parte, casi la totalidad, lo ignora y habla su propio idioma; pero no uno solo sino cuatro ó cinco, porque son tribus diferentes: el zoxil, el zoqué, el zendal, el mayo y otras que parecen lenguas mixtas. Esos pueblos ó tribus, que á juzgar por las nobles ruinas tanto religiosas como profanas que se advierten en varias partes, gozaban de prosperidad y alguna cultura religiosa en tiempo no muy remoto, ahora se encuentran reducidos al estado mas infeliz y abyecto, derramados por las montañas y casi volviendo á la barbarie.